

riamente á los monges, á los soldados, á los peregrinos y á los mendigos, los noticieros de las aldeas en aquella época, inspiraban á su alma la compasion hácia aquel gentil príncipe. Su imágen se asociaba, en el pensamiento de la jóven, á las calamidades de su patria: con él la veia percer y con él rogaba á Dios que la resucitara. Su imaginacion estaba sin cesar ocupada por este sueño y esta tristeza. ¿Habrà de asombrarnos que tal concentracion de pensamientos en una pobre niña ignorante y sencilla, produjese al fin en ella una verdadera trasposicion de ideas y que escuchara físicamente las voces interiores que sin cesar hablaban á su alma? Tambien hay alma en los sentidos de nuestro ser, porque si los sentidos engañan y ofuscan el ánimo por su exaltacion y su desórden, el ánimo por su parte engaña y ofusca fácilmente los sentidos. Esas visiones y esas revelaciones maravillosas, aun cuando pueden ser ilusorias, no son una mentira para los que las experimentan y las refieren maravillas sinceras son fenómenos aun cuando no prodigios. Es muy difícil para el hombre, y mas todavia para la muger cuando se hallan apasionadamente preocupados con una idea ó una duda, cuando se preguntan y escuchan en su interior, el poder distinguir entre su propia voz y la voz del cielo y decirse: «Esta es mia, esta es de Dios.» En tal situacion el hombre se trasmite á si mismo sus propios oráculos y toma á su inspiracion por divinidad. Los hombres mas juiciosos se han engañado en esto lo mismo que las mugeres mas débiles: la historia nos ofrece innumerables de estos prodigios. La Egeria de Numa, el genio familiar de Sócrates, no eran sino la inspiracion de su alma, haciendo las veces de los dioses. ¿Cómo la pobre pastora de una aldea frecuentada por las hadas é imbuida en tales revelaciones populares por su madre y sus compañeras, habria podido dudar de lo que Sócrates y Platon consentian en creer? El candor fué el lazo de su fé, su inspiracion estaba poseida de los vértigos de su edad, de su sexo, de su época, de su credulidad. Creyó en palabras, en visiones, en prodigios; pero la maravilla fué la inspiracion misma y el patriotismo triunfante atestigua, cuando menos, en ella la divinidad del pensamiento y la verdad del corazon.

X.

Juana oyó durante largo tiempo, sin comunicar nada de ello, aun á su misma madre, aquellas voces que tan pronto le recomendaban la prudencia, la piedad y la virtud, como la hablaban de las llagas de la Francia y de los lamentos del pobre pueblo. Un dia á eso de las doce se hallaba sola en el jardin á la

sombra de la pared de la iglesia, cuando oyó distintamente una voz masculina que llamandola por su nombre la dijo: «Juana, levántate; marcha al socorro del delfín, devuélvele su reino de Francia!»

El destumbramiento que precedió á estas palabras fué tan celeste, la voz tan clara y la intimacion tan imperativa, que cayó de rodillas y respondió escusándose: «¿Cómo he de ejecutar ese mandato, yo que no soy sino una pobre niña, que no sabré cabalgar ni conducir los guerreros al combate?»

La voz no admitió estas escusas, y repuso: «Trás á encontrar al señor de Baudicourt, capitán del rey en Vaucouleurs, quien te hará conducir á presencia del delfín. Nada temas; Santa Catalina y Santa Margarita irán en tu ayuda.»

A esta primera vision, que la hizo temblar de inquietud, pero que se reservó aun como un secreto entre ella y los ángeles, se sucedieron otras varias. Vió á San Miguel armado con una lanza, envuelto en rayos de luz tal como se hallaba pintado en el cuadro del altar de su pueblo. El arcángel la representaba los trastornos y la esclavitud del reino, pidiéndola se compadeciese de su país. Santa Catalina y Santa Margarita, figuras divinas y populares en aquellos contornos, se presentaron en las nubes como la habia sido anunciado. Habláronla con voces de muger, dulcificadas y enternecidas por la beatitud eterna. Sus cabezas estaban ornadas de coronas, y ángeles semejantes á dioses formaban su séquito. Aquel era el poema completo del paraíso entreabierto ante sus ojos. Su alma, en medio de aquella divina vision, olvidaba su deber, abismándose en las delicias de aquellas contemplaciones. Cuando cesaban aquellas voces, cuando se retiraban aquellas figuras, cuando el cielo volvía á cerrarse, encontrábase Juana bañada en llanto. «¡Ah! se decía á si misma, ¡cuánto hubiera yo deseado que esos ángeles me hubiesen llevado consigo...!» Pero no lo queria así su terrible mision; Juana no debía volar á donde ambicionaba sino en alas de la llama de su hoguera.

XI.

Estas entrevistas, estas intimaciones, estas delicias, estas angustias duraron muchos años, y al fin acabó por confesarlo todo á su madre. Instruidos sus padres se extendió la noticia por todo el país y fué asunto de maravilla para los cándidos, de duda para los instruidos, de sarcasmo para los maliciosos, de umores para todos.

En aquel tiempo la misma idea é idénticas visiones ocupaban en distintos países á otras niñas y mugeres. Cuando el pueblo no espera

ya alivio ninguno de los hombres vuelve la vista á los milagros. Existia un verdadero contagio de maravillas y revelaciones. Una muger del Berry, llamada Catalina, veia señoras blancas, vestidas de oro, las cuales la ordenaban: «fuera por las ciudades á pedir subsidios y soldados para el delfín. Era preciso que éste la diese escuderos y clarines para proclamar por do quiera que debían llevarse los tesoros encerrados, y que ella lograria descubrirlos.» Cuando el aire está impregnado de un miasma, todo el mundo le respira. La compasion de la Francia, la ternura hácia el delfín, el odio contra los borgoñones, el horror de la dominacion estrangera, fanatizaban á las mugeres. Todas oian el grito de la tierra; algunas las voces del cielo. Ademas los poetas, los romanceros y los juglares de la edad media habian acostumbrado los ánimos á los papeles belicosos representados por mugeres, como se hallan en el *Tasso* y en *Ariosto*. Seguian á sus amantes á las cruzadas, les servian de pages ó de escuderos, vestian la armadura, manejaban el corcel y vertian su sangre por Dios, por su patria ó por su amor. El vestir la coraza las mugeres daba hasta á las mismas guerras civiles el carácter caballeresco, que hacían meditar á los jóvenes y que debía producir frecuentes imitaciones. Encuéntrase siempre un ser excepcional para realizar aquello que todos han imaginado. La idea de una jóven conduciendo los ejércitos al combate, coronando á su jóven rey y libertando á su país habia nacido de la Biblia y de los romances á un mismo tiempo. Era la poesia de las veladas de la aldea. Juana de Arco hizo de ella la religion de la patria.

XII.

Su padre, hombre de edad y austero, oia con sentimiento aquellos rumores de visiones y de maravillas bajo el techo de su humilde morada. No creia en manera alguna á su familia digna de aquellos peligrosos favores del cielo y de las visitas de ángeles y santos, que daban márgen á las habillitas de sus vecinos. Cualquiera clase de inteligencia con los espíritus era sospechosa para él, sobre todo en una época en que la supersticion atribuía tantas cosas á los malos espíritus, y en que el exorcismo y la hoguera castigaba toda especie de relacion con el mundo invisible. Atribuía aquellas melancolias é ilusiones de su hija á alguna alteracion en su salud, y deseaba casarla, á fin de que el amor de su esposo ó el cariño de los hijos tranquilizase su alma, y que las distracciones de madre de familia hiciesen evaporar aquella imaginacion infantil. Llevó á veces su incredulidad hasta el rigor, diciendo á

Juana que: «si llegaba á entender prestaba fé á sus supuestas entrevistas con los espíritus tentadores y trataba de mezclarse en el estruendo de la guerra, preferiria antes verla ahogada por sus propios hermanos ó ahogarla él mismo.»

XIII.

El disgusto de su madre y ni aun las amenazas de su padre ahogaban las visiones ni las voces. Obediente en todo lo demas, Juana deseaba obedecer tambien en esto; pero la inspiracion era mas obstinada que la voluntad. El cielo debía ser obedecido antes que los hombres, y el prodigio era para ella mas imperioso que la naturaleza. Sentia desobedecer y suplicaba á Dios le librase de aquella lucha que desgarraba su corazon. Esperaba conseguir mas tarde el beneplácito y el perdon de sus padres, como en efecto le obtuvo cuando su gloria hubo justificado su desobediencia. La inspiracion es igual que el genio; no se le corona sino despues de haberlos combatido.

XIV.

Habia, sin embargo, al lado de Juana un hombre de su familia, ó mas sencillo, ó mas tierno, ó mas naturalmente entusiasta que su padre, en quien la pobre inspirada hallaba algun apoyo, ó cuando menos piedad. Era aquel un tío suyo, de quien la historia hubiera debido conservar el nombre cuando menos, por haber sido el primero que creyó en su sobrina y el primer cómplice de su genio. Estos segundos padres son á veces en las familias mas tiernos y mas paternales que los padres verdaderos, teniendo mas debilidades hácia los niños de la casa, porque desconfian menos de su amor, y á quienes aman por voluntad y no por deber. Tal parece haber sido el tío de Juana, el padre predilecto, el consolador, el confidente, el intermediario, en fin, seducido por su corazon entre su nieta y el cielo.

Para libertar á Juana de las reprensiones y amenazas de su padre y de sus hermanos, el tío la llevó algun tiempo á su casa con pretexto de que cuidara á su muger que se hallaba en cama. Juana aprovechó aquella corta permanencia fuera de la casa de sus padres para obedecer al que mandaba en su alma. Suplicó á su tío fuese á Vaucouleurs, plaza de guerra inmediata á Domremy, y reclamase la intervencion del señor de Baudicourt, comandante de la ciudad para que pudiese llevar á cabo su mision.

El tío, seducido por su sobrina, y sin duda impulsado por su muger, cedió sencillamente á sus deseos, marchó, pues, á Vaucouleurs y dió cuenta al señor de Baudricourt del mensaje que habia tomado á su cargo con tanta complacencia. El guerrero oyó con indulgente ironía al aldeano, creyendo en efecto que no podría hacer otra cosa que reirse de la demencia de una aldeana de 47 años, ofreciéndose á hacer por el delfín y por el reino lo que miles de caballeros, de políticos y de guerreros no podian conseguir con la fuerza del genio y de las armas. «Lo que debéis hacer, dijo Baudricourt al mensajero de los prodigios despidiéndole, es enviar de nuevo á vuestra sobrina, despues de darla unos cuantos bofetones, á casa de sus padres.»

Regresó el tío convencido sin duda por la incredulidad de Baudricourt, y resuelto á borrar para siempre aquel sueño de la imaginación de las mugeres. Empero Juana tenia tanto imperio sobre él; y el convencimiento la hacia tan elocuente que no tardó en reconquistar la perdida fé de su tío y en persuadirle á que la llevara consigo á Vaucouleurs, sin que sus padres lo supieran. Conocia muy bien que aquel era el paso decisivo, y que una vez fuera del pueblo jamás volveria á entrar en él. Participó solo su marcha á una jóven á quien amaba con ternura, llamada Manguete, la cual oró con ella, pidiendo á Dios que la ayudase. No hizo así con otra amiga suya, á quien amaba mas aun, llamada Haumette, á quien ocultó su intento: «Temiendo, dijo luego, no poder vencer su dolor ni abandonarla si se despedia de ella, lloró mucho en secreto y sofocó su llanto.»

XV.

Vestida con una saya de pano encarnado, segun el uso de las aldeanas del pais, Juana partió á pie con su tío, y en llegando á Vaucouleurs recibió la hospitalidad en casa de la muger de un carretero, primo de su madre. Baudricourt, vencido al fin por la insistencia del tío y la obstinacion de la sobrina, consintió en recibirla, no por credulidad sino por fastidio. Quedóse sorprendido de la belleza de la jóven aldeana á quien su caballero Daulon pinta en estos términos hácia aquella época. «Era una jóven hermosa y bien formada, dice, describiendo castamente hasta las gracias de la muger.»

Luego que Baudricourt la hubo preguntado, Juana le dijo con un acento de modesta decision, que iba á hablarle, no en nombre suyo, sino por la autoridad del que la inspiraba desde lo alto: «Llego hasta aqui en nombre de Dios, mi señor, para deciros que hagais saber al delfín permanezca donde está y no pre-

sente batalla á los enemigos en este momento, porque Dios le enviará socorros á mediados de cuaresma. El reino, prosiguió Juana, no le pertenece á él sino á Dios, su señor, quien no obstante le destina para dirigirle; á pesar de los enemigos será rey, y yo la que le llevaré á Reims para que allí sea consagrado.»

Baudricourt la despidió para reflexionar, temiendo sin duda despreciar ó creer demasiado en un tiempo en la que incredulidad le podía ser imputada como una falta por la voz pública del mismo modo que la exagerada creencia. Refirió prudentemente aquel caso al clero, juez en materias sobrenaturales. Consultó al cura de Vaucouleurs, y ambos fueron con toda solemnidad á visitar la jóven aldeana á casa de su prima, la muger del carretero. El cura, para estar preparado á cualquier evento, habiase puesto sus vestiduras sacerdotales, armas contra el espíritu tentador. Empezó exorcizando á Juana para el caso de que se hallara poseida de algun demonio, y la intimó que se retirase si tenia algun trato con Satanás. Pero los demonios de Juana no eran otros que su piedad y su genio. Soportó, pues, la prueba sin escandalizar lo mas mínimo al sacerdote ni al guerrero, los cuales se retiraron indecisos y edificadas.

XVI.

La noticia de aquella visita del gobernador y del cura á la casa de la muger del carretero, admiró y edificó á todas las gentes del pueblo, y sobre todo á las mugeres. La mision de Juana, que se convirtió en objeto de fé para unos, y de mera conversacion para otros, se habia esparcido de tal modo que no le era ya posible á Baudricourt sofocar aquellos rumores, y empezaba ya la opinion á acusarle de indiferencia ó de pereza. «Descuidar un socorro semejante del cielo ¿no era hacer traicion al delfín y á la Francia?» Un noble de las cercanías que como otros habia ido á ver á Juana, la dijo en tono de acusacion contra Baudricourt: «¿Y bien, amiga mia, será forzoso que el rey sea despojado y que nós convirtamos en ingleses?»

Juana unió sus quejas á las del noble y del pueblo, aparentando lamentarse menos de ella misma que de la Francia; mas tranquilizándose luego con la promesa que oyera de lo alto, dijo: «A pesar de todo, preciso será que antes de mediados de cuaresma vea yo al delfín, aun cuando para conseguirlo tuviera que gastar mis piernas hasta las rodillas. Porque nadie en el mundo, ni reyes, ni duques, ni las hijas del rey de Escocia pueden volver á posesionarse del reino de Francia; sin que para ello cuente con otros socorros que yo misma, aun cuando yo hubiera preferido, añadió con tris-

teza, continuar hilando la rueca al lado de mi pobre madre!... Porque sé muy bien que el combatir no es mi oficio; pero es necesario que yo vaya y ejecute lo que se me ha ordenado, Pues mi señor lo quiere...

Preguntáronla: ¿Y quién es vuestro señor? — ¡Dios! respondió.

Un caballero anciano y otro jóven que se hallaban presentes se conmovieron, prometiéndola bajo su palabra, estrechando sus manos entre las de ellos, que con la ayuda de Dios, la harian hablar al rey.

XVII.

Mientras estás dilaciones que parecian prescritas por el respeto mismo hácia el delfín, Baudricourt condujo á Juana á presencia del duque de Lorena, cuyas veces hacia en Vaucouleurs, á fin de descargar su responsabilidad y tomar sus órdenes.

El duque vió á Juana y la preguntó acerca de una enfermedad que le aquejaba en aquel momento; mas ella solo le habló de curar su alma, reconciliándose con la duquesa, de quien estaba separado. Baudricourt la condujo otra vez á Vaucouleurs.

Durante el viage y la permanencia de Juana en casa del duque de Lorena, fué advertido por cartas el delfín de la maravilla de Domremy. Creen algunos que Baudricourt quiso ante todo tomar las órdenes del delfín y de su suegra la reina Yolanda de Anjou, y que el delfín, la reina Yolanda y el duque de Lorena se concertaron con Baudricourt para utilizar en provecho de su causa la aparicion de una jóven bella y piadosa, digna de proteccion divina para los pueblos, de entusiasmo para el ejército y de salvacion para el reino. Aquella opinion tenia algo de verosímil, y la política de una fé semejante no escluia de ella la sinceridad en un siglo en que así las cortes como los campos participaban de todas las creencias del pueblo. Los preparativos para el viage y para la recepcion de Juana en la corte, así como las consideraciones que la tuvieron el delfín y la reina Yolanda á su llegada, demostraron bastante que se aguardaba el prodigio y que se deseaba hacerle estallar.

XVIII.

Los habitantes de Vaucouleurs compraron á Juana un caballo que costó diez y seis francos (sesenta reales), y un traje de guerrero para proteger su propia persona. al tiempo que pa-

ra manifestar su mision guerrera, Baudricourt la dió una espada. Habiendo llegado hasta Domremy la noticia de su marcha al ejército acudieron su padre, su madre y sus hermanos para detenerla y llevarla consigo. Juana lloró con ellos; pero sus lágrimas, enterneciendo su pecho, no pudieron ablandar su resolucion.

Acompañada de los dos nobles y de algunos caballeros de su comitiva, partió para Chinon, en donde se hallaba el delfín. Su escolta le hizo atravesar rápidamente las provincias eu que dominaban los ingleses y los borgoñones, por temor de que no les fuera arrebatado su depósito. Indecisos en un principio sobre la naturaleza de las inspiraciones de la jóven, tan pronto la veneraban como una santa, tan pronto la miraban como á una hechicera poseida de algun genio maléfico. No faltaron tampoco quienes deliberaron secretamente el deshacerse de ella en el camino, precipitándola en algun torrente de las montañas, y atribuyendo su desaparicion á un rapto del diablo. Mas de una vez al ir á poner en ejecucion su complot, fueron detenidos como por una mano divina: la juventud, la belleza, la inocencia y el candor santo de la jóven, fueron sin duda el encanto sobrenatural que desarmó sus corazones y sus brazos. Incrédulos al partir, llegaron ya convencidos.

XIX.

La corte errante se hallaba en el castillo de Chinon, cerca de Tours. Aguardábase allí á la inspirada de Vaucouleurs con diversos sentimientos. Los consejeros reputados como mas sabios, disuadian al delfín de que acogiese y escuchase á una niña, que si no era un instrumento del ángel de las tinieblas, seria cuando menos la mensajera de su propia ilusion. Otros, mas crédulos ó menos graves, impelian al delfín á que ya que no otra cosa, consultase aquel oráculo. La reina Yolanda y las favoritas, estaban orgullosas de que la salvacion viniera de una muger. Fáciles en creer, dispuestas á seducir y á ser seducidas, concian que los medios humanos para levantar la causa del rey estaban agotados, y que un medio sobrenatural, verdadero ó falso, podia únicamente devolver el entusiasmo con la esperanza á los soldados y á los pueblos. «Quizá era Dios quien proponia aquel socorro.» Política ó credulidad, todo era bueno para una causa vencida y desesperada.

El delfín, fluctuando como la juventud, entre el amor y la gloria, entre los consejos graves y los de una muger, se hallaba en una de esas crisis de abatimiento moral en que se es-

ta dispuesto á creerlo todo, porque ya no se esperaba nada.

XX.

Juana llegó á Chinon en estas circunstancias, yendo á parar al castillo del señor Gaucourt, en las inmediaciones. Visitada por las damas y los señores de la comitiva del rey, su sencillez atrajo á unos y edificó á otros. Los caballeros que se mantenían adictos al rey en Orleans, tenían hasta necesidad de un milagro para que titubearan en creer en su misión, así es que enviaron á algunos de los suyos para implorar y animar á su futura libertadora. El delfín, por instigación de aquellos, consintió al fin en recibirla; pero quiso experimentar-la desde el primer momento.

La humilde aldeana de Domremy fué introducida en su traje de pastora, ante aquella corte de guerreros, de consejeros, de cortesanos y de reinas. El delfín, vestido con una sencillez afectada, y confundido entre los grupos de sus caballeros ricamente armados, dejó á propio intento á la jóven en la duda sobre quién de entre todos sería su soberano. «Si Dios la inspira verdaderamente, dijo para sí, ella conducirá ante aquel por cuyas venas circula solo la sangre real; si es el demonio, la dirigirá á aquel de entre mis guerreros cuyo exterior aparezca mas brillante.»

Juana se adelantó, en efecto, confusa, aturdida y como indecisa entre aquella multitud, mas buscando con una mirada tímida al único á quien venia dirigida.

—Yo no soy el rey, la dijo el príncipe, tratando de hacerla dudar. Pero Juana, á quien iluminaba su corazón, insistió con mas vehemencia diciendo:

—Por el Dios á quien venero, gentil príncipe, vos sois, que no otro alguno!

En seguida y con voz mas alta y solemne, prosiguió:

—Muy noble señor, delfín, el Rey de los cielos os envía á decir, por mi mediación, que seréis consagrado y coronado en la ciudad de Reims, y su lugarteniente en el reino de Francia.

Al oír esto, la córte se maravilló, y el delfín se conmovió, admirado de la jóven. Sin embargo, quiso tener aun otro indicio mas difícil y secreto, y llevándola aparte, la habló acerca de un misterio de su alma que remordia su conciencia y que le inspiraba ocultas dudas sobre su derecho al trono. Este misterio, que jamás lo habia revelado á persona alguna, podría hacer avergonzar á su madre y separar de su frente la corona. La conducta de Isabel de Baviera le hacia dudar si él era verdaderamente hijo de Carlos VI. La inspirada respuesta de Juana, aun cuando no llegó á oídos de

los asistentes, infundió de una manera visible la seguridad y la alegría en el rostro del delfín. Este se encerraba con frecuencia en su oratorio, rogando á Dios con lágrimas en los ojos, que si era en efecto el legítimo heredero del reino, se dignara la Providencia confirmarle y conservarle su herencia, ó á lo menos evitarle la muerte y asegurarle un asilo entre los españoles y los escoceses, sus únicos amigos.

—De parte de Dios te digo, le repitió Juana en voz mas alta saludándole, que eres verdadero hijo de rey y heredero de Francia.

XXI.

Esta conversacion con el rey, el favor de las princesas, las instancias de los enviados del ejército de Orleans, el rumor popular, mas dispuesto á apasionarse de lo maravilloso que de lo posible, la aventura de un guerrero incrédulo, que habiendo blasfemado de Juana al pasar un puente, se ahogó en el Loira poco tiempo despues, la política, en fin, que prolongaba ó que fingía una fé conveniente á sus designios, todo contribuía á crear en derredor de la estrangera un fanatismo de respeto y de esperanza, que constituía en impiedad la mas mínima duda.

El bastardo de Orleans, el famoso *Dunois*, la llamaba á aquella ciudad por medio de reiterados mensajeros, para infundir nuevos alientos en el corazón de sus soldados. El duque de Alenzon, príncipe caballeresco y cortés, acudió al rumor del prodigio, abrazando con el ardor de la juventud y del entusiasmo, la causa de la inspirada. Los cortesanos iban á reunirse con ella al castillo de Coudray; unos la presentaban caballos de batalla, otros la ejercitaban en el manejo del corcel y la enseñaban á romper lanzas; todos se quedaban absortos del atrevimiento, de la gracia y de la fuerza que demostraba en tales ejercicios de la guerra, como si el alma de un héroe se hubiera equivocadamente ocultado bajo distinta forma, al infundir en una jóven de diez y siete años la pasión de las armas y la intrepidez de los combates.

El delfín, no obstante, titubeaba aun en condescender á las inspiraciones de la jóven traído por su canceller, que temía la burla de los ingleses, si la Francia confiaba su espada á una mano que solo habia manejado la rueca. El canceller temía asimismo al clero, que podría atribuir á sortilegio la inspiración, y ofenderse de una fé que jamás habria autorizado en el pueblo. El rey creyó prudentemente que era necesario ante todo enviar á Juana á Poitiers para someterla al exámen de la universidad y del parlamento. Estos dos oráculos de la épo-

ca, arrojados de París, residían entonces en aquella provincia. «Conozco muy bien, exclamó Juana, que me aguardan duras pruebas en Poitiers, á donde se me conduce; pero Dios me asistirá: vamos, pues, con confianza.

XXII.

Interrogada con bondad, pero escrupulosamente, por los doctores, les confundió á todos, así con la fé que tenia en sí misma, como con su paciencia y su dulzura. Uno de ellos la dijo:—Pero si Dios ha resuelto salvar la Francia, para ello no tiene necesidad de guerreros.

—Es verdad, contestó, mas los guerreros combatirán y Dios dará la victoria.

Otro la dijo:—Si no presentais otra prueba de la verdad de vuestras palabras, el rey no os confiará soldados para que los conduzcáis al peligro.

—¡Por mi Dios! repuso Juana, no es á Poitiers á donde se me envía para dar pruebas; pero conducidme á Orleans con el número de soldados que os plazca concederme, por corto que sea, y allí os las daré. La prueba que espero daros es la de hacer levantar el sitio de Orleans!

Y como los doctores la citasen textos y libros que prohibían creer con tanta facilidad tales revelaciones contestó:

—No lo niego; pero hay muchas mas cosas escritas en el libro de Dios que en el de los hombres.

Por último, los obispos declararon que nada habia imposible para Dios, y que la Biblia estaba llena de misterios y de ejemplos que podían autorizar á una jóven humilde á combatir bajo el traje varonil para dar la libertad á un pueblo. La reina Yolanda de Sicilia, suegra del delfín, y las damas mas respetables de la córte, atestiguaron la pureza de costumbres y la virginidad de la profetisa; de manera que ya no se titubeó en confiarla el ejército, que al mando del duque de Alenzon, su mas celoso creyente, debia ir á socorrer á Orleans.

XXIII.

Se forjó para Juana una armadura ligera y de color blanco, en señal del candor de la heroína. Reclamó una larga espada enmohecida, señalada con cinco cruces, que declaró estar oculta en la capilla de una iglesia inmediata á Chinon, y que se encontró allí. Dióselo un estandarte, también blanco, sembrado de flores de lis, flores heráldicas de Francia, y de este

modo cabalgó seguida de un anciano y valiente caballero su protector, llamado Daulon; de dos mancebos, sus pages; de dos heraldos de armas, de un capellan, de una numerosa comitiva de servidores, y de un pueblo inmenso que bendecía en ella anticipadamente el milagro y la salvación.

Al llegar á Blois fué recibida en triunfo por los gefes del ejército reunidos para verla y para obedecer sus inspiraciones divinas: el mariscal de Boussac, Dunois, Lahire, Saintrilles, todos habian recibido orden del canceller para que respetasen en aquella jóven la misión de Dios y de la voluntad del rey. Pero el apasionado fanatismo del pueblo hácia la guerrera virgen de Domremy, imponía al ejército mas aun que la orden del delfín. Servidora de Dios, así como del trono, Juana empezó reformando las costumbres desordenadas y los escándalos del ejército. Arrojó á las llamas los naipes, los dados, los instrumentos de hechicería y de juegos de todas clases que abundaban en el campo y en la ciudad. Predicadores populares seguían á Juana y predicaron las mugeres y los soldados. Uno de aquellos se exaltó con tal fanatismo, y conmovió de tal modo al pueblo, mas como tribuno que como sacerdote, que el papa le hizo prender por la Inquisición, y fué quemado vivo como fautor de heregía.

Otro, el hermano Richard, fraile de la orden de San Francisco, atraía en pos de sí tal muchedumbre de gentes, que millares de hombres y niños dormían sobre el duro suelo, alrededor de la tribuna al aire libre, la vispera de sus predicaciones. El viento del Espíritu Santo soplabo como una tempestad sobre las almas: la religion, el patriotismo y la guerra agitaban las masas. La humilde Juana seguía á pie á los predicadores por las calles de Blois; pero su misma humildad la designaba á la multitud apasionada. El franciscano abrigaba ocultos celos contra ella, aun cuando aparentaba participar del fanatismo del ejército. Todo se hallaba ya preparado en las cosas y en los ánimos para los milagros, hasta la envidia y hasta el suplicio despues del triunfo.

El ejército, purificado por las reformas y por la disciplina que Juana habia establecido, se aumentaba con numerosas compañías de gentes de guerra, que acudían de todas las provincias al rumor del prodigio. El estandarte de la virgen de Domremy era verdaderamente la oriflama de la Francia.

XXIV.

Presurosos los gefes en aprovechar aquel entusiasmo, movieron sus tropas. Juana, consultada por ellos, queria que, sin consideración al número y posición de los ingleses, se